

ORACION DE SAN BERNARDO

A Vos alzamos los ojos, ¡oh Soberana de los ángeles y de los hombres! Un día todos nosotros hemos de comparecer ante nuestro Juez, cargados, ¡ay!, como estamos con tantos pecados. ¿Cómo osaremos comparecer ante Él, y quién apaciguará su justa cólera? Nadie hay que pueda hacerlo tan segura y eficazmente como Vos, ¡oh Madre de misericordia!, que tanto le habéis amado y tan tiernamente habéis sido amada por Él. Abrid, pues, oh Madre de gracias, abrid el oído de vuestro corazón a nuestros suspiros y las entrañas de vuestra misericordia a nuestras lágrimas; recurrimos a Vos como a nuestra divina Madre; aplacad la justa indignación de vuestro divino Hijo y haced que entremos en su santa gracia. Vos no tenéis ninguna aversión al pecador, por indigno que él sea; no lo rechazáis en manera alguna si él suspira por Vos. Y si, penetrado del dolor de sus pecados, implora vuestra protección, Vos le animáis, incluso, a esperar, le sostenéis, le consoláis, y nunca le de-

jáis hasta que lo habéis reconciliado al fin con su Juez, para encontrar gracia a sus ojos. ¡Qué consuelo, qué motivo de esperanza para mí!

Jaculatoria.—Madre amable, ruega por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Bondadoso Patriarca San José: a vos, que merecisteis que el Eterno Padre os revelara antes que a otro el misterio infame de la Encarnación, haciéndoos depositario de la prenda de la redención como premio de vuestra admirable prudencia para con María después de su milagrosa concepción, a vos me encomiendo, confuso y avergonzado de mi criminal ligereza en formar juicios temerarios contra mis prójimos. ¡Qué admirable os contemplo desechando heroicamente la duda cruel que se levantaba en medio de vuestro corazón, y dejando a la sabiduría de Dios resolverla por medio de un arcángel que os colma de ine-

fables consuelos, y cuán pobre me encuentro comparado con vos!

¡Qué lección tan hermosa para mí, que, lejos de cubrir con el velo de la caridad los defectos de mis hermanos, los entrego sin compasión a la pública maledicencia; que, lejos de excusar las faltas verdaderas, hago pasar por tales las que quizá no existen más que en mi refinada malicia!

Alcanzadme, os lo suplico, *aquella admirable prudencia* que presidió todos vuestros actos y que tanto os elevó a los ojos del Señor y tanto admira a los hombres, para que, imitándoos en la práctica de tan sublime virtud, merezca en recompensa gozar con vos en el cielo de la compañía de Jesú y de María, después de haber sido el objeto de sus misericordias en la tierra.

Jaculatoria. — ¡Amantísimo José, alentad nuestro espíritu, haced que seamos caritativos y prudentes!

Oración, pág. 26.

SEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Lc., 12, 34). Dice Jesucristo que donde a uno le parece tener su tesoro, allí tiene el corazón. Por eso los santos que no estiman ni quieren otro tesoro que a Jesucristo, tienen todo su corazón y todo su amor en el Santísimo Sacramento.

Amabilísimo Jesús mío sacramentado, que por el amor que me tenéis estáis de día y de noche en el sagrario, atraeos todo mi corazón de suerte que no piense sino en Vos ni ame ni busque más que a Vos. Hacedlo por los méritos de vuestra Pasión, por los que os los pido y lo espero, ¡oh Salvador mío sacramentado, oh amante divino! ¡Cuán amables son las tiernas industrias de vuestro amor para hacer que las almas os amen! ¡Oh Verbo eterno! No os bastó el haceros hombre y morir por nosotros, sino que

nos disteis además este Sacramento por compañía, por alimento y por prenda de la gloria. Os dignasteis aparecer entre nosotros ya como niño en un establo, ya como pobre en un taller, ya como reo clavado en una cruz, ya como pan en el altar. Decidme qué más podéis inventar para haceros amar. ¡Oh infinita amabilidad! ¿Cuándo comenzaré yo resueltamente a corresponder a tantas finezas de amor? ¡Ah Señor! No quiero vivir sino para amaros a Vos solo. ¿De qué me serviría la vida si no la empleara del todo en amaros y complaceros, amado Redentor mío, que la sacrificasteis toda por mí? ¿Y a quién he de amar, sino a Vos, que sois todo hermoso, todo afable, todo bueno, todo amoroso y toda amabilidad? Viva mi alma sólo para amaros; derrítase de amor con sólo acordarse del amor vuestro, y al oír nombrar pesebre, cruz, sacramento, enciéndose en deseos de realizar grandes cosas por Vos, Jesús mío, que tanto habéis hecho y padecido por mí!

Jaculatoria.—Permitid, Señor mío, que antes de morir haga algo por Vos.

Comunión espiritual. pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Como hermoso olivo en la llanura (Eccli., 24, 19). Yo soy, dice María, el hermoso olivo del que siempre fluye el aceite de la misericordia. Y estoy en los campos para que todos me vean y recurran a mí todos.

Digámosle: «Acordaos, oh piadosísima María, que jamás se ha oído decir que haya sido desamparado de Vos ninguno de los que se han acogido a vuestro socorro.» No quiero ser yo el primer desventurado que habiendo acudido a Vos quede sin amparo.

ORACION DEL MISMO
SAN BERNARDO

¡Oh María!, Vos sois la mujer escogida y privilegiada en quien el divino Salvador encontró su reposo y a la que hizo participante sin medida de todos sus tesoros. Por esto todos los fieles honran vuestro casto seno como templo de Dios

en el que comenzó a operarse la gran obra de la salvación del mundo. Allí se hizo la reconciliación entre Dios y el hombre. Vos sois, oh Virgen santa, oh Madre afortunada, aquel jardín cerrado donde la mano del pecador no ha entrado jamás para coger sus frutos preciosos. Sois el magnífico vergel donde Dios ha puesto todas las flores que ornan la Iglesia, y, entre otras, estas divinas virtudes de humildad, pureza, caridad, dulzura, que adornan a un alma más que los lirios y las rosas pueden embellecer la tierra. Vos sois el paraíso delicioso de donde ha brotado la fuente de agua viva que ha regado toda la tierra. ¡Con cuántos beneficios habéis Vos enriquecido y llenado el mundo, llegando a ser el canal feliz por donde se han derramado sobre nosotros tantas gracias de salvación y de vida! Sed, pues, bendecida en todas las naciones y por todos los siglos.

Jaculatoria.—¡Oh María!, concededme la gracia de recurrir siempre a Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Salve, varón de virtudes, dechado de perfección y de santidad, gloriosísimo José, salve. El santo Evangelio os llama *justo*, y la Iglesia os califica de *santísimo*, calificativo que no aplica a ninguno de los santos, dando a entender que a todos sobrepujáis en santidad, haciendo vuestro elogio con una sola palabra, que significa el conjunto y suma de todas las perfecciones. Dichoso vos, que tal distinción habéis merecido, y por quien especialmente dijo Jesucristo: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*. Dichoso vos, que por vuestra pureza de costumbres y perfección de vida convertisteis este penoso destierro en paraíso de delicias, viviendo en compañía de Jesús y María como si estuvierais en el cielo.

Haced, piadoso protector mío, que, a imitación vuestra, mi corazón se desprenda de todo lo terreno y sólo suspire por la *justicia*, para que, marchando siempre de virtud en virtud, consiga lle-

gar al hermoso estado de la inocencia, que por desgracia perdí, y la pureza de corazón, que convierten la tierra en cielo y los hombres en ángeles. Conseguídmela esta gracia del divino Jesús, que todo lo puede y nada os niega.

Jaculatoria.—¡Esposo castísimo de María, ejemplo de toda santidad, haced que en mi corazón germinen los sentimientos de toda virtud!

Oración, pág. 26.

SEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos (Mt., 28, 20). Este amoroso Pastor nuestro, que dio la vida por nosotros, sus ovejas, ni aun en su muerte consintió separarse de nosotros. Aquí estoy, dice, ovejas queridas, siempre con vosotras; por vosotras me quedé en la tierra en este Sacramento; aquí me halla-

réis siempre que quisieréis, para ayudaros y consolaros con mi presencia. No os dejaré hasta el fin del mundo y mientras estéis en la tierra. «Quería el Esposo (dice San Pedro de Alcántara), en esta ausencia tan larga, dejar a su Esposa compañía, porque no se quedase sola; y dejóle la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.»

¡Benignísimo Señor y Salvador mío amabilísimo! Ahora os estoy visitando en este altar, mas Vos me devolvéis la visita con otro amor cuando venís a mi alma en la sagrada Comunión. Entonces no sólo os manifestáis a mí, sino que os hacéis mi comida y os unís y entregáis todo a mí, de modo que puedo decir con verdad: Ahora, Jesús mío, sois todo mío. Pues ya que os entregáis todo a mí, razón es que yo me entregue todo a Vos. Soy un gusano y Vos sois Dios vivo. ¡Oh Dios de amor, oh amor de mi alma. ¿Cuándo seré todo vuestro, no en las palabras, sino en las obras? Vos lo podéis hacer. Aumentar en mí la confianza por los méritos de vuestra san-

gre, para que logre de Vos la gracia de verme todo vuestro y nada mío antes de morir. Vos, que atendéis todas las oraciones, atended, Señor, la de un alma que os quiere amar de veras. Quiero amaros con todas mis fuerzas y os quiero obedecer en todo lo que os guste sin interés, sin consuelos, sin premio. Quiero servirlos por amor, sólo por daros gusto, sólo por agradar a vuestro Corazón, tan apasionadamente enamorado de mí. Mi premio será amaros. ¡Oh Hijo amado del Eterno Padre!, tomad mi libertad, mi voluntad, todas mis cosas y a mí mismo, y daos a mí. Os amo, os busco, por Vos suspiro, os quiero, os quiero, os quiero.

Jaculatoria. — Jesús mío, hacedme todo vuestro.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora nuestra amabilísima, toda la Iglesia os llama y saluda *Esperanza nuestra*. Vos, por tanto, que sois la esperanza de todos, sois también mi es-

peranza. San Bernardo os llamaba toda la razón de su esperanza, y os decía: «En Ti espere el que desespera.» También quiero yo decir así: «María mía, en Vos, que salváis a los desesperados, pongo toda mi esperanza.»

ORACION DEL MISMO SAN BERNARDO

¡Oh Virgen por excelencia!, de Vos se habla cuando se dice: *¿Quién es ésta que se levanta como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol?* (Cant., 6, 9). Pues Vos habéis venido al mundo como una aurora esplendorosa, precediendo con la luz de vuestra santidad la venida del Sol de justicia. El día en que aparecisteis en el mundo bien puede decirse día de salvación y de gracias. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay astro más parecido al sol, de la misma manera no hay criatura más parecida a Dios que Vos. La luna ilumina la noche con la luz que recibe del sol y Vos ilumináis nuestras ti-

nieblas con la luz de vuestras virtudes. Pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay ni manchas ni sombras. Sois escogida como el sol, este divino Sol de justicia que creó este que nos ilumina. Como su fulgor brilla por encima del de los otros astros todos, del mismo modo el fulgor de vuestras virtudes brilla por encima de todas las mujeres. Sed, pues, por siempre alabada, bendita y celebrada.

Jaculatoria.—María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Con razón, virtuosísimo José, modelo perfectísimo de fortaleza, nos dice la Sagrada Escritura que el amor es más poderoso que la muerte. Si el Varón fuerte por excelencia, el terrible León de Judá, Jesucristo, no lo comprobara enclavando a la muerte en la misma cruz en que se quiso hacer sucumbir al Autor de la vida, vuestra existencia entera lo confirmaría sobradamente.

Ni la nobleza de cuna, como hijo de David; ni las privaciones de la pobreza más absoluta; ni la cruel sorpresa que os produjo el inexplicable embarazo de vuestra casta Esposa; ni la sublime dignidad de depositario del Primogénito del Eterno Padre y de esposo de la Madre de Dios; ni las infinitas amarguras anejas a tan alta dignidad; ni las divinas caricias del Redentor del mundo..., nada pudo turbar la tranquilidad de vuestra alma, cimentada en el amor. ¡Qué lastimoso contraste el de vuestra admirable fortaleza y mi pueril debilidad! Compadeceos de mí y no me abandonéis a mis débiles fuerzas. Pedid a vuestro querido Hijo adoptivo, Jesús, que me conceda *una fortaleza de alma* capaz de resistir a los terribles enemigos que a todas horas me combaten, para que con la corona del vencimiento consiga, con su gracia, la gloria del triunfo.

Jaculatoria.—¡Benignísimo protector: atendedme solícito, protegedme en el peligro, fortalecedme en el combate y libradme del pecado!

Oración, pág. 26.

OCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

A cualquier alma que visita a Jesús en el Santísimo Sacramento le dice el Señor las palabras dichas a la Esposa: *Levántate y date prisa, amada mía, hermosa mía, y ven* (Cant., 2, 10). Alma que me visitas, *levántate* de tus miserias, pues estoy aquí para enriquecerte de gracias. *Date prisa*, llega a Mí sin temor a mi Majestad, que se humilló en este Sacramento para animarte y darte confianza. *Amiga mía*, no seas más mi enemiga, pues tú me amas y Yo te amo. *Hermosa mía*, mi gracia te ha hecho hermosa: *Ven*, ven y abrázate conmigo y pídemme cuanto gustes con entera confianza.

Decía Santa Teresa que este gran Rey de la gloria se disfrazó con las especies de pan en el Sacramento, y ocultó su Majestad para animarnos y acercarnos con mayor confianza a su divino Corazón.

Lleguemos, pues, a Jesús con gran confianza y afecto; unámonos con Él y pidámosle gracias. ¡Cuál ha de ser ahora mi gozo, oh Verbo eterno, hecho hombre y sacramentado por mí, sabiendo que estoy delante de Vos, que sois mi Dios, Majestad infinita y bondad infinita, que tanto amor tenéis a mi alma! Almas que amáis a Dios en cualquier parte que estéis, amadle también por mí. María, Madre mía, ayudadme a amarle. Y Vos, amantísimo Señor, sed el objeto de todos mis amores, Aduenaos de toda mi voluntad. Poseedme por completo. Os consagro todo mi entendimiento para que piense siempre en vuestra bondad; os consagro también mi cuerpo para que me ayude a agradaros; os consagro mi alma para que sea toda vuestra. Quisiera, amado de mi alma, que todos los hombres conociesen la ternura del amor que les tenéis para que viviesen sólo para honraros y daros gusto como Vos deseáis y merecéis. A lo menos, viva yo enamorado de vuestra belleza infinita. Quiero hacer de hoy en adelante todo lo posible por agradaros.

Propongo desprenderme de cualquier cosa en cuanto conozca que os desagrada, aunque me cueste mucho, aunque tuviera que perder la misma vida. Dichoso yo si lo perdiera todo por lograros a Vos, mi Dios, mi tesoro y mi todo.

Jaculatoria.—¡Jesús, amor mío, adueñaos de mí y poseedme enteramente, siempre en mí!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

El que sea pequeño, venga a Mí (Prov., 9, 4). María llama a todos los pequeñuelos que necesitan madre, invitándolos a recurrir a Ella, como a la más amorosa de todas las madres. Dice el devoto Nieremberg que el amor de todas las madres es sombra si se compara con el amor que María tiene a cada uno de nosotros. Madre mía, Madre de mi alma, que tanto me amáis y, después de Dios, deseáis mi salvación más que nadie: mostrad que sois Madre.

ORACION DEL MISMO SAN BERNARDO

¡Oh Santísima y amabilísima María!, los labios no pueden pronunciar vuestro nombre sin que el corazón se sienta totalmente inflamado en amor hacia Vos. Y todos los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse animados a amaros cada vez más. ¡Oh soberana nuestra!, fortificad nuestra debilidad, obtened las gracias de ánimo y fervor. ¿Quién más indicado para hablar en favor nuestro a nuestro Dios y vuestro, sino Vos misma, que gozáis tan de cerca de su divina presencia? Hablad en favor nuestro, ¡oh Reina nuestra! Hablad, porque vuestro divino Hijo os escucha, y obtendréis infaliblemente todo lo que pidáis para nosotros. Pero la grande, la principal gracia que sobre todo imploramos pidáis a este Hijo queridísimo, es el amarle con todo nuestro corazón en este mundo, para tener la dicha de amarle eternamente en el cielo.

Jaculatoria.—Madre mía, haced que siempre me acuerde de Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

«Si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde, y si quieres ser muy santo, sé muy humilde», dice San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías; es decir, que la santidad es proporcionada a la humildad. Según esto, ¿cuán profunda sería vuestra humildad, Esposo castísimo de la Madre de Dios, para merecer el nombre de justo, o santo por excelencia, y para merecer ser destinado por la divina Providencia para padre nutricio del Dios de la humildad, del Dios nacido en un mísero establo, del Dios que murió en un patíbulo afrentoso? Si Dios da las gracias en proporción del estado y empleo del agraciado, como dice Santo Tomás de Aquino, vuestra humildad debió ser casi infinita. Sólo así comprendo al hombre más grande a los ojos de Dios, ejerciendo resignado el humil-

de oficio de carpintero. ¡Qué hermosa, qué sublime es la humildad! Y, sin embargo, ¡necio de mí!, soy esclavo de la soberbia, y le rindo un culto infame, y huyo de la humildad, y la detesto. Infundid, humildísimo José, infundid en mi alma el espíritu de la *hermosa virtud de la humildad*, que tan grande os hizo aparecer ante los ojos del Señor, para fundar sobre ella el edificio de mi perfección, y tengan en mí cumplimiento las palabras de Jesús: «El que se humilla será ensalzado.»

Jaculatoria.—¡Santo Patriarca, alcanzadme un perfecto conocimiento de mí mismo, y formadme para Dios, puro, casto y humilde de corazón!

Oración, pág. 26.

NOVENA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

El venerable padre Baltasar Alvarez vio que Jesús estaba en el Sacramento con las manos llenas de gracias, bus-

cando a quién darlas. Santa Catalina de Sena, siempre que se acercaba al Santísimo Sacramento, dicen lo hacía con aquella prisa amorosa con que se llega un niño al pecho de su madre.

¡Amadísimo Unigénito del Eterno Padre! Conozco que sois el objeto más digno de ser amado. Deseo amaros cuanto merecéis, o, a lo menos, cuanto puede un alma desear amaros; comprendo que yo, traidor y rebeldísimo a vuestro amor, no merezco amaros ni merezco estar cerca de Vos como estoy en esta iglesia; pero también sé que Vos buscáis mi amor y me decís: *Hijo mío, dame tu corazón* (Prov., 23, 26). *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.* (Deut., 6, 5). Comprendo que me habéis conservado la vida para esto y no me lanzaréis al infierno; ha sido para que me convierta del todo a vuestro amor, y pues aún queréis ser amado de mí, aquí me tenéis, Dios mío; a Vos me rindo, a Vos me entrego; os amo, ¡oh Dios!, todo bondad y todo amor. Os elijo por único Rey y Señor de mi pobre corazón; Vos lo queréis y yo os lo quiero dar;

frío está y repugnante es; mas, si lo aceptáis, Vos lo mudaréis. Cambiadme, Dios mío, cambiadme; no quiero vivir como en el pasado, tan ingrato y tan poco amante de vuestra bondad infinita, que tanto me ama y merece amor infinito. Haced que de hoy en adelante compense con mi amor el que dejé de teneros en el pasado.

Jaculatoria.—¡Dios mío, Dios mío! Os quiero amar, os quiero amar, os quiero amar.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Totalmente semejante a su Hijo Jesús es María, su Madre, que siendo Madre de misericordia, goza cuando socorre y consuela a los míseros. Tanto es el deseo que tiene esta Madre de dispensar gracias a todos, que dice Bernardino de Bustos que más desea ella hacernos bien y concedernos mercedes, que nosotros recibirlas.

ORACION DE SAN JUAN DAMASCENO

Os saludo, ¡oh María! Vos sois la esperanza de los cristianos, y por eso me dirijo a Vos. Recibid, ¡oh tierna Madre!, la plegaria que os hace un pecador, pero un pecador arrepentido que os honra y que, después de Dios, pone en Vos toda la esperanza de su conversión y de su salvación. Estoy en deuda con Vos por tantas gracias; volvedme a poner en la gracia y amistad de vuestro divino Hijo. Sois el consuelo de los afligidos. Dignaos, pues, interceder por mí ante el Señor, para que Él me libre del peso de mis pecados, disipe las tinieblas de mi espíritu, destierre los afectos desordenados de mi corazón, reprima las acometidas y las tentaciones de mis enemigos, a fin de que, ayudado por su gracia, en adelante, ordene mi vida de tal forma, que pueda con su auxilio y bajo vuestra protección llegar al feliz puerto de la vida eterna.

Jaculatoria.—¡Salve, esperanza nuestra!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué sublime os encuentro, bendito José, sufriendo resignadamente las pruebas terribles a que os sometió el Señor en esta vida!

¡Qué heroica resignación la vuestra!
Cuando os veo en Belén reducido a tal extremo de pobreza que no tenéis con qué cubrir la desnudez del que con tanta magnificencia viste de flores los valles y de estrellas el firmamento; cuando os veo atravesar el árido desierto en demanda del hospitalario asilo para el Señor absoluto del Universo; cuando os veo cubierto de sudor para sustentar al que alimenta con regia esplendidez al miserable insecto; cuando os veo dispuesto y resignado a abandonar este mundo dejando en él, a merced del furor del infierno, al divino Jesús y a la bendita María, a quienes tanto amabais porque tanto valían y tanto os habían costado; cuando os veo tan absolutamente sometido a la voluntad de Dios, mi admiración no tiene límites, y encuentro vuestra resignación comparable

solamente con la resignación infinita de Jesús.

Bendito seáis, porque de tal manera que confundís mi falta de conformidad con la voluntad de Dios. Haced de mi corazón un altar en el que inmolarse con el cuchillo de la voluntad de Dios, y en honor de Jesús y de María, mi propia voluntad con todos sus gustos y apetitos, para que, viviendo aquí sacrificado por Cristo, pueda también con Él y con María y con vos, gozar eterna dicha en el cielo.

Jaculatoria. — ¡Glorioso Patriarca, alcanzadme la mayor conformidad y resignación, la gracia de acatar, reverenciar y amar siempre los altos designios del Todopoderoso!

Oración, pág. 26.

DECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Oh locos del mundo!, dice San Agustín; desgraciados, ¿adónde vais a satisfacer los deseos de vuestro corazón? Ve-

nid a Jesús, que Él sólo es quien puede daros el contento que buscáis. Alma mía, no seas tú también tan insensata; busca sólo a Dios. Y si lo quieres hallar pronto, míralo cerca de ti; dile qué pretendes, pues para eso quedó en el sagra-rio, para consolarte y oírte. Decía Santa Teresa: «Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de haber horas de hablar y señaladas personas que los hablen; si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo; que si es con el rey, aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades que no tienen ni deben; no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece; que aun pensarlo no deben dar por no ser desfavorecidos. ¡Oh Rey de la gloria y Señor de todos los reyes, có-

mo no es vuestro reinado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester teneros para nos!» Los reyes dan audiencia pocas veces al año; mas Vos, en ese Sacramento, a todos nos dais audiencia de día y de noche, y siempre que la queremos. ¡Oh Sacramento de amor que ya orando os dais a nosotros en la santa Comunión cuando estáis en el altar. Sabéis cautivar con vuestro amor tantos corazones, que, enamorados de Vos, pasmados de tanta bondad, arden dichosos pensando siempre en Vos, atraed también mi corazón miserable, que desea amaros y vivir esclavo de vuestro amor! De hoy en adelante, por lo que a mí hace, pongo todos mis intereses, todas mis esperanzas, todos mis afectos, mi alma, mi cuerpo y todo cuanto poseo, en manos de vuestra bondad. Recibidlo, Señor, y haced de mí lo que fuere de vuestro agrado. No quiero quejarme más, amor mío, de vuestras santas disposiciones, pues sé que naciendo todas de vuestro amoroso Corazón, serán todas amorosas y para mi bien; me basta que Vos las queráis para que yo

las quiera todas en tiempo y eternidad. Haced lo que os agrade en mí y de mí, pues por completo me entrego a vuestra voluntad, que es toda santa, toda buena, toda perfecta y amable. ¡Oh voluntad de mi Dios, cuán agradable me eres! Quiero vivir y morir siempre unido y abrazado contigo. No tengo más gusto que el vuestro, ni más deseos que los vuestros. ¡Dios mío, Dios mío!, ayudadme, haced que de hoy en adelante viva sólo para Vos, sólo para querer lo que Vos queréis, sólo para amar vuestra amable voluntad. Muera yo por vuestro amor, ya que Vos moristeis por mí y por mí os hicisteis alimento. Maldigo los días en que hice mi voluntad con tanto disgusto vuestro. Te amo, voluntad divina, cuanto amo a Dios; te amo, pues, con todo mi corazón, y a Ti me entrego todo.

Jaculatoria.—¡Oh voluntad de Dios, Vos sois mi único amor!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice la excelsa Reina: *Conmigo están las riquezas y la gloria... para enriquecer a los que me aman* (Prov., 8, 18, 21). Amemos a María si queremos ser enriquecidos con gracias. El sabio Idiota la llamaba *Tesorerera de las gracias*. ¡Bienaventurado el que con amor y confianza recurre a María! Madre mía, esperanza mía, Vos me podéis hacer santo y lo espero de Vos.

ORACION DE SAN ANDRES
DE CRETA

¡Salve, oh María, llena de gracia! El Señor es contigo. ¡Salve, oh fuente de nuestra alegría!, por quien la sentencia de nuestra condenación fue revocada y cambiada en un juicio de bendición. ¡Salve, oh templo de la gloria de Dios!, mansión sagrada del Rey de los cielos. ¡Salve, oh Princesa de nuestra alegría! Vos sois verdaderamente bendita entre

todas las mujeres, ya que sois la única escogida para ser la Madre de vuestro Creador. Todas las naciones os llamarán bienaventurada.

¡Oh María!, al poner en Vos una santa confianza, lo espero todo para mi salvación. Si os dignáis recibirme bajo vuestra protección, nada tengo que temer de los ataques de mis enemigos. Estar enteramente consagrado a Vos es tener armas seguras para combatir y vencer. Recibidme, pues, en el número de vuestros hijos, como yo os escojo para que seáis mi tierna Madre.

Jaculatoria.—Madre amable, rogad por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

No hay tesoro comparable con la pureza de corazón, ni joya tan preciosa como un corazón casto. *Dios, dice Bosuet, se complace en mirarse en un corazón casto como en un clarísimo espejo. Él mismo se imprime en él con toda su*

celestial hermosura, de suerte que viene a convertirlo en un sol resplandeciente por los rayos divinos que lo penetran. Así se explica que Jesús amase tanto la castidad. Así se comprende su especial predilección por el Discípulo amado. A él sólo consiente apoyarse cariñosamente sobre su corazón; a él sólo, después de María, habla desde la cruz; a él sólo encomienda el cuidado de su divina Madre, y a él sólo deja especialmente bajo la protección de María. ¿En qué sublime grado brillaría en vos *la hermosa castidad*, purísimo José, para merecer entre todos los hombres la distinción de ser depositario de la Pureza infinita y esposo de la Virgen por excelencia?

¡Qué vergüenza, qué confusión para mí! ¡Vos tan casto y tan hermoso, y yo tan impuro y tan horrible a los ojos de Dios! Cubridme, bondadoso protector mío, con el blanquísimo manto de la pureza, como hicisteis con vuestra devotísima Teresa de Jesús, dándole a entender que estaba purificada de todos sus pecados. Alcanzadme, como a ella,

la gracia especial de ser vuestro devoto, y esto será para mí la más segura prenda de vuestra protección y de mi eterna felicidad.

Jaculatoria.—¡Esposo castísimo de María! Libradnos de toda mancha de impureza y alcanzadnos la bendición que humildemente te pedimos.

Oración, pág. 26.

UNDECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Santa Teresa dice: «Consideremos cuán medradas, cuán lustrosas y cuán seguras andan las ovejas que andan cerca del pastor; y procuremos no apartarnos del nuestro ni perderle de vista; porque las ovejas que andan cerca del pastor siempre son más regaladas y siempre les da bocadillos más particulares de lo que él mismo come. Si el pastor se esconde o duerme, no se menea ella de un lugar hasta que aparece o des-

pierta el pastor, o ella misma, balando con perseverancia, le despierta, y entonces, con nuevo regalo, es de él acariciada.» ¡Redentor mío Sacramentado! Aquí estoy cerca de Vos; no quiero otro regalo que el fervor y perseverancia en vuestro amor. ¡Oh santa fe!, le doy gracias, pues me enseña y afirma que en el divino Sacramento del altar, en aquel pan celestial, no hay pan, sino que está por completo mi Señor Jesucristo y permanece por mi amor. Señor mío y mi todo: os creo presente en el Santísimo Sacramento, y aunque desconocido a los ojos de la carne, os reconozco, con la luz de la fe, oculto en la hostia consagrada, por Monarca del cielo y de la tierra y Salvador del mundo. ¡Ah dulcísimo Jesús mío! Así como sois mi esperanza, mi salvación, mi fortaleza y mi consuelo, así quiero seáis también todo mi amor y el único objeto de todos mis pensamientos, deseos y afectos. Me alegro más de la suma felicidad que gozáis y gozaréis eternamente, que de todos los bienes que yo pudiera alcanzar, así en el tiempo como en la eternidad.

Mi sumo contento, amado Redentor mío, es que Vos sois plenamente feliz y que vuestra felicidad es infinita. Reinad, Señor mío, reinad en mi alma toda; yo os la entrego para que la poseáis para siempre. Mi voluntad, mis sentidos, mis potencias, sean todos esclavos de vuestro amor, y no sirvan en este mundo más que para daros gusto y gloria. ¡Oh primera amante y Madre de mi Jesús, María Santísima!, ayudadme y alcanzadme vivir en adelante como siempre vivisteis Vos, dichosa de ser toda de Dios!

Jaculatoria. — ¡Jesús mío! Sea yo todo vuestro y sed Vos todo mío.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dichoso el hombre que me escucha, vigilando a mis puertas cada día, guardando las jambas de mi entrada (Prov., 8, 34). ¡Dichoso el que, como los pobres ante las puertas de los ricos, procura buscar limosna de gracias ante las puer-

tas de la misericordia de María! ¡Y mas dichoso quien procura imitar las virtudes que observa en María, especialmente su pureza y su humildad!

ORACION DEL MISMO SAN ANDRES DE CRETA

¡Oh Madre de misericordia! Cuando vivíais en la tierra merecíais ya el tributo de nuestra veneración y de nuestra confianza. Pero ahora que estáis elevada a lo más alto de los cielos, los verdaderos fieles os miran como el propiciatorio de todas las naciones. Os suplicamos, pues, instantemente, oh Virgen santa, que nos concedáis el socorro de vuestra intercesión y de vuestras plegarias ante Dios. Santas plegarias, que nos son más queridas y más preciosas que todos los tesoros de la tierra; plegarias eficaces, que nos obtienen de Dios la abundancia de sus gracias; plegarias poderosas, que detienen e inutilizan todos los esfuerzos de nuestros enemigos, siempre conjurados contra

nosotros. Deshacedlos, ¡oh Madre de misericordia!; confundid sus proyectos, armad nuestra debilidad contra su malicia y mostrad que sois verdaderamente la Madre de todos los fieles que ponen en Vos su confianza. La mía os la entrego toda y hasta el último suspiro esperaré en Vos.

Jaculatoria.—¡Esta es toda mi confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Vedme aquí, pacentísimo José. Vengo a pedir por vuestra poderosa mediación la sublime, la admirable, la heroica virtud de la *paciencia*, virtud casi desconocida y generalmente despreciada hasta que Jesús la divinizó con su ejemplo, enseñándonos a practicarla resignadamente y hasta con alegría cuando es perfecta, diciéndonos que las contrariedades y tribulaciones de la vida no son casuales, sino enviadas y consentidas por

Dios para nuestro ejercicio y mayor corona. Vos, que, como caritativo y humilde en sumo grado, fuisteis también en sumo grado paciente y resignado, ayudadme a conseguirla por medio de la caridad, su madre, y de la humildad, su compañera inseparable. ¡Oh! ¡Qué paciencia la vuestra en todos los trances de la vida, y especialmente cuando, abandonado, al parecer, de Dios fuisteis despreciado, insultado y escarnecido de los hombres, y os visteis obligado a buscar entre las bestias un hospedaje que os negaron los hombres! ¡Y vos, tan justo, tan santo, tan amado de Dios, no tuvisteis una palabra de queja ni un movimiento de impaciencia! ¡Y yo, miserable pecador, me quejo amargamente cuando el Señor, para corregirme, se acuerda de mí! Alcanzadme, santo mío, la hermosa paciencia sin la cual es imposible tener paz en la tierra y conquistar el reino de los cielos.

Jaculatoria.—¡San José, hacedme sufrir con paciencia, por el amor de Dios, las injurias, las decepciones y los desengaños!

Oración, pág. 26.

DUODECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él (Jo., 4, 16). Quien ama a Jesús, está con Jesús, y Jesús está con él. Si alguno me amare, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y a él vendremos y en él haremos mansión. San Felipe Neri, cuando comulgó por Viático, al ver entrar al Santísimo Sacramento, exclamó: Este es el amor mío, éste es el amor mío. Diga también cada uno de nosotros aquí, en la presencia de Jesús Sacramentado: Este es el amor mío, éste es el objeto de mis amores, de toda mi vida y de toda la eternidad.

¡Ah Señor mío y Dios mío!, pues dijisteis en el Evangelio que quien os ama será amado de Vos, y que vendréis a él y haréis mansión para no marcharos ya, yo os amo sobre todo bien; amadme también Vos, Señor, porque estimo

más ser amado de Vos que poseer todos los reinos del mundo. Venid y fijad vuestra morada en la pobre casa de mi alma, de forma que nunca os separéis de mí, o, mejor dicho, que yo nunca os despidan. Vos no os ausentáis si no se os echa, y como yo os eché en el tiempo pasado, temo volver a hacerlo de nuevo. ¡Ah!, no permitáis que acaezca en el mundo esta nueva maldad y horrenda ingratitud, que yo, tan favorecido por Vos con tantas gracias, llegue a echaros de mi alma otra vez. Mas, ¡ay!, que puede suceder, y por eso, Señor mío, deseo la muerte, si es de vuestro agrado, para que muriendo unido con Vos con Vos unido viva eternamente. Sí, Jesús mío; así lo espero. Os abrazo, os estrecho contra mi pobre corazón. Haced que os ame yo siempre y sea amado siempre de Vos. Sí, amabilísimo Redentor mío, siempre os amaré y siempre me amaréis, y espero que nos amaremos por siempre. Amén. Así sea.

Jaculatoria.—¡Jesús mío, quiero amaros siempre y ser de Vos amado!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Los que obran por Mí, no pecarán (Eccli., 24, 30). Los que me esclarecen tendrán vida eterna (Eccli., 24, 31), dice María. Los que se esfuerzan por darme a conocer y amar a los demás serán predestinados. Promete, siempre que puedas, hablar, en público o en privado, de las glorias y de la devoción a María.

ORACION DE SAN ILDEFONSO

¡Oh Soberana mía, oh Madre de mi Salvador!, Vos sois bienaventurada entre todas las mujeres, pura entre todas las vírgenes, Reina de todas las criaturas. He aquí que todas las naciones os llaman por excelencia bienaventurada. Haced que yo publique vuestra grandeza cuanto pueda publicarla, que os ame cuanto pueda amaros, que os invoque cuanto pueda invocaros, que contribuya a hacer que os honren cuanto a ello puedan contribuir mis fuerzas, mi celo, mi amor. Quisiera ver todo el universo

prosternado a vuestros pies, todo los corazones abrasados en vuestro amor, y que todos amasen a vuestro divino Hijo como Vos lo amasteis en este mundo y le amaréis por toda la eternidad. Instantemente os pido para mí esta gracia, aunque yo sea muy indigno de obtenerla.

Jaculatoria.—Permitidme, Virgen sagrada, que os alabe.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Oh bienaventurado Patriarca San José! En vos, después de Jesús y de María, pongo toda mi confianza. Acudid, bondadoso, en mi auxilio y alcanzadme *docilidad de corazón*, sin la cual me esforzaré en vano para resistir a los enemigos de mi alma. Esclavo de mi propia voluntad, me rebelo contra la voluntad del Señor. Dócil a mis propios deseos y apetitos, me resisto neciamente a las inspiraciones del cielo, que me llaman al cumplimiento del deber. Lejos de te-

ner aquella docilidad de corazón que tanto resplandece en vos y que os elevó sobre todos los hombres; lejos de ponerme, como Samuel, en manos del Señor y decirle: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha; mandad y seréis prontamente obedecido», cierro, insensato, mis oídos a la voz de Dios y a las inspiraciones de la gracia, desobedeciendo a la ley divina y a las insinuaciones de mi propia conciencia, para seguir ciegamente las máximas del demonio, las vanidades del mundo y los movimientos de la carne, que, como siempre mariposa, me arrastran hacia las llamas del infierno.

Compadeceos de mi flaqueza, y no me abandonéis a mis crueles enemigos. Pedid al bondadoso Jesús que me dé un corazón dócil y obediente, un corazón semejante al suyo, para que, siguiendo fielmente las inspiraciones de la gracia y triunfando de mi criminal obstinación, me haga, como vos, digno de Dios y de sus eternas recompensas.

Jaculatoria.—En vos tengo puesta, gloriosísimo San José, mi confianza.

Oración, pág. 26.

DECIMOTERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días (3 Reg., 11). Mirad cómo cumple Jesús esta promesa en el Sacramento del altar, donde quedó con nosotros de día y de noche. Señor mío, bastaba que os quedaseis en este Sacramento sólo durante el día, en el que podíais tener adoradores de vuestra presencia que os hicieran compañía; pero, ¿por qué quedaros toda la noche, cuando los hombres cierran las iglesias y se retiran a sus casas, dejándoos completamente solo? Pero ya lo entiendo: el amor apasionado que nos tenéis os sujetó de tal modo a la tierra, que ni de día ni de noche os consiente apartaros de nosotros. ¡Ah Salvador amabilísimo!, esta sola fineza debería obligar a todos los hombres a acompañaros siempre en el sagrario hasta que por fuerza los echasen de allí, y al ausentarse debieran to-

dos dejar al pie de los altares su corazón y todos sus afectos hacia un Dios humanado que queda allí solo y encerrado en el Tabernáculo, hecho todo ojos para ver y remediar nuestras necesidades, y todo corazón al quedarse para amarnos, y esperando el día para ser visitado de sus amadas almas. Sí, Jesús mío, yo quiero contentaros; os consagro toda mi voluntad y todos mis afectos. ¡Oh Majestad infinita de un Dios! Os quedasteis en este divino Sacramento no sólo para estar presente y cercano a nosotros, sino principalmente para comunicaros a vuestras queridas almas. Mas, Señor, ¿quién se atreverá a acercarse a alimentarse de vuestra carne? O, al contrario, ¿quién podrá alejarse de Vos? Os quedáis oculto tras la hostia consagrada para entrar dentro de nosotros y poseer nuestros corazones. Deseáis ardientemente que os recibamos y gustáis de estar unido con nosotros. Venid, pues, Jesús mío, venid; deseo recibirlos dentro de mí para que seáis el Dios de mi corazón y de mi voluntad. Cuanto hay en mí, ceda, querido Reden-

tor mío, a vuestro amor: satisfacciones, placeres, voluntad propia, todo lo sacrifico a Vos. ¡Oh amor, oh Dios de mi amor!, reinad, triunfad enteramente en mí; destruid y sacrificad en mí todo lo que es mío y no vuestro. No permitáis, amor mío, que mi alma, llena de la Majestad de Dios, después de haberos recibido en la sagrada Comunión, vuelva a aficionarse a las criaturas. Os amo, Dios mío; os amo, y sólo a Vos quiero amar perpetuamente más y más.

Jaculatoria.—Atraedme con los lazos de vuestro amor.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo nos exhorta: «Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María.» Dice San Pedro Damiano: «Ella es el tesoro de las divinas gracias.» Ella puede y quiere enriquecernos, y por eso nos invita y nos llama: *El que sea pequeño, lléguese acá* (Prov., 9, 4). Señora amabilísima, Señora su-

blimísima, Señora benignísima, mirad a un pobre pecador que se encomienda a Vos y confía enteramente en Vos.

ORACION DEL MISMO SAN ILDEFONSO

¡Oh mi augusta Soberana!, la más dichosa de las criaturas y la más humilde sierva del Señor. Yo me postro ante Vos, ¡oh Madre del Salvador!, y, lleno de confianza en vuestra bondad, os pido instantemente me obtengáis el dolor y el perdón de mis pecados, a fin de que mi alma sea purificada de todas sus manchas. Obtenedme, Virgen santa, la gracia de estar siempre unido a vuestro divino Hijo y a Vos, siendo siempre fiel en servir a vuestro divino Hijo y a Vos, a vuestro Hijo como a Dios, y a Vos como a Madre de Dios; a vuestro hijo como a mi Redentor, y a vos como a co-operadora de mi redención, ya que Vos llevasteis en vuestro casto seno el cuerpo adorable que fue inmolado por mí,

y lo ofrecisteis Vos misma por mi salvación.

Jaculatoria.—Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué diferente soy de vos, bendito Patriarca San José! Apenas advertisteis el peligro, procurasteis huir de él sin reparar en sacrificios, y la victoria fue la recompensa de vuestra prudente diligencia. Apenas supistes por el ángel que el precioso tesoro, Jesús confiado a vuestro cuidado, estaba en peligro, acudisteis solícito a ponerlo en salvo; mientras yo, desgraciado de mí, dormido en brazos de mi criminal negligencia, veo mi único tesoro, mi única joya, mi alma, en manos del más infame de los logreros, envuelta entre el lodo de los vicios y en el peligro de ser para siempre esclava del más cruel de los tiranos, y permanezco indiferente como si nada me importara la salvación de mi alma.

Ya sé que consiste en que no amo a Jesús, porque si amara a Jesús amaría también a mi alma, que tanto le ha costado; *pondría una diligencia exquisita* en hacer su divina voluntad, y en vez de la pereza con su tropel de vicios, me dominaría la prudente diligencia, con todas las virtudes hijas del amor.

No permitáis, protector mío, que me consuma la apática negligencia, que me convertirá en árbol seco, solamente digno del fuego eterno. Ayudadme a salvar el precioso tesoro de mi alma, hermosa imagen de Dios, para que vuelva a la gracia de su Creador.

Jaculatoria.—¡Santo Patriarca! Haced que las mismas zozobras y amarguras de la vida enardezcan mi fe y mi esperanza.

Oración, pág. 26.

DECIMOCUARTA VISITA

AI. SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Amabilísimo Jesús: os oigo decir desde este sagrario en que estáis: *Este es mi descanso para siempre; aquí habitaré, pues lo escogí* (Ps. 131, 14). Pues si Vos escogisteis vuestra habitación entre nosotros, quedándoos en los altares en el Santísimo Sacramento, y aquí el amor que nos tenéis os hace encontrar vuestro reposo, razón es también que nuestros corazones habiten siempre con Vos por amor y encuentren aquí toda su delicia y descanso. ¡Felices vosotras, almas amantes, que no halláis en el mundo más grato descanso que el estar cerca de vuestro Jesús Sacramentado! Y dichoso yo, Señor mío, si de ahora en adelante no tuviese otro contento mayor que el de estar siempre presente ante Vos, o siempre pensando en Vos, que estáis en el Santísimo Sacramento pensando siempre en mí y en mi bien. ¡Ay,

Señor mío!, ¿y por qué perdí tantos años sin amaros? Años míos desventurados, os maldigo, y te bendigo a Ti, paciencia infinita de mi Dios, que tantos años me has sufrido, a pesar de ser tan ingrato a vuestro amor. Mas, con ser tan ingrato, me habéis esperado; ¿para qué, Dios mío, para qué? Para que, vencido algún día de vuestras misericordias y por vuestro amor, me rindiera del todo a Vos. Señor, ya no quiero resistir más; no quiero ser más ingrato. Razón es que os consagre, al menos, el tiempo, sea poco o mucho, que me quede de vida. Espero, Jesús mío, que me ayudaréis a ser todo vuestro. Ya que tanto me favorecisteis cuando huía de Vos y despreciaba vuestro amor, espero que me favoreceréis aún más ahora, que busco y deseo amaros. Dadme, pues, la gracia de amaros, ¡oh Dios, digno de amor infinito! Os amo con todo mi corazón, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo y más que a mi vida. Me arrepiento de haberos ofendido, bondad inmensa; perdonadme, y, junto con el perdón, concededme la gracia de que os